

NEW LEFT REVIEW 78

SEGUNDA ÉPOCA

ENERO FEBRERO 2013

ARTÍCULOS

| | | |
|--------------------|---|-----|
| GÖRAN THERBORN | Las clases en el siglo XXI | 11 |
| JACOB COLLINS | ¿Un giro antropológico? | 39 |
| PATRICK WILCKEN | La hora del juicio en Brasil | 71 |
| MARIO SERGIO CONTI | El ascenso de los creadores de imágenes | 91 |
| ANDREW SMITH | Trabajar cara al público | 109 |
| MICHAEL CRAMER | Las lecciones de historia de Rossellini | 125 |

CRÍTICA

| | | |
|-----------------|--------------------------|-----|
| JENNIFER PITTS | ¿Una geocultura liberal? | 147 |
| BARRY SCHWABSKY | Artistas bajo la bandera | 157 |
| JAN BREMAN | Historias de Annawadi | 164 |

La nueva edición de la New Left Review en español se lanza desde el Instituto de Altos Estudios Nacionales de Ecuador-IAEN,

WWW.NEWLEFTREVIEW.ES

© New Left Review Ltd., 2000

© Instituto de Altos Estudios Nacionales (IAEN), 2014, para lengua española

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)



SUSCRÍBETE



tráficoantes de sueños

CRÍTICA

Immanuel Wallerstein, *The Modern World-System iv: Centrist Liberalism Triumphant, 1789-1914*, Berkeley, University of California Press, 2011.

JENNIFER PITTS

¿UNA GEOCULTURA LIBERAL?

La serie de Immanuel Wallerstein sobre *The Modern World-System* constituye la pieza central, elaborada durante cuarenta años, de una prolífica y provocadora carrera de amplia gama dedicada a analizar la construcción del orden global contemporáneo, desde lo que considera sus orígenes en el siglo XVI hasta su supuesto desmadejamiento durante las últimas décadas. Un largo intervalo separa el último volumen –el cuarto, en lo que ahora se proyecta como una obra en seis o siete partes– de sus predecesores, publicados originalmente en 1974, 1980 y 1989. Los tres primeros, con nuevos prefacios en los que Wallerstein replica, con su característica seguridad y buen humor, a sus muchos críticos, acaban de ser reeditados por la Universidad de California en una espléndida colección, junto con el volumen IV. Wallerstein vuelve a resumir útilmente su enfoque radicalmente original en el último capítulo, contraponiéndolo a la «visión usual» del largo siglo XIX –de 1789 a 1914– como la época de las revoluciones, y quizá sobre todo de las revoluciones «duales» de Hobsbawm, la francesa y la industrial, que iba a culminar en el choque de las potencias imperiales rivales en la Gran Guerra.

Para Wallerstein, la «llamada revolución industrial» no fue un acontecimiento único centrado en Gran Bretaña, sino tan solo un repunte cíclico de la mecanización de la producción industrial, de un tipo que ya había ocurrido varias veces antes y que se volvería a producir después. Tampoco la Revolución Francesa fue en ningún sentido «burguesa», como suele imaginarse, ya que Francia venía formando parte de la «economía-mundo

capitalista» desde el siglo XVI. Para Wallerstein fue una revolución anticapitalista fracasada, un intento final, condenado de antemano, de derrotar la aspiración de Inglaterra a convertirse en nueva potencia hegemónica del sistema-mundo. En su opinión, el sistema-mundo moderno se ha visto impulsado por dos grandes procesos cíclicos: el primero de ellos económico, las ondas de expansión y contracción o estancamiento de Kondratieff, de alrededor de cincuenta años de duración, y el segundo, mucho más lento, que afecta al ascenso y caída de potencias hegemónicas en el sistema interestatal. Su exposición analítica de ese desarrollo en *El sistema-mundo moderno* ha procedido cronológicamente, pero también temáticamente, en una serie de largos periodos en parte solapados.

El primer volumen, «La agricultura capitalista y los orígenes de la economía-mundo europea», que cubría el «largo siglo XVI» de 1450 a 1640, describía la creación de una «economía-mundo capitalista» basada en el comercio y la agricultura pero con un sector urbano-industrial creciente, y cuyo núcleo estaba concentrado en la Europa noroccidental, especialmente en Francia e Inglaterra, desde 1559. El volumen II, «El mercantilismo y la consolidación de la economía-mundo europea», cubría los años 1600-1750 y analizaba el ascenso del Estado burocrático, el surgimiento del sistema interestatal desde 1648 y la rivalidad o pugna por la hegemonía entre sucesivas potencias —neerlandesa, francesa, inglesa—, como procesos que consolidaron la «economía-mundo capitalista» en el centro pese al estancamiento económico general del siglo XVII. El volumen III, «La segunda era de gran expansión de la economía-mundo capitalista» cubría desde mediados del siglo XVIII hasta la década de 1860. Después de desechar cordialmente todas las explicaciones existentes de la expansión colonial, la industrialización capitalista y 1789, Wallerstein se centraba en la lucha por la hegemonía en el sistema-mundo entre Gran Bretaña y Francia, ganada por la primera en 1815, y la incorporación a su periferia o semiperiferia de grandes zonas antes ajenas a la «economía-mundo capitalista».

La última entrega hasta el momento de la serie (el volumen IV), «El triunfo del liberalismo centrista, 1789-1914», parte de esa construcción llamativamente original, y por supuesto muy impugnada. En el prefacio Wallerstein escribe que cada volumen ha sido pensado como unidad independiente y no solo como parte de la serie, y seguramente conviene tomárselo en serio. Pero el resultado de haber cubierto casi el mismo periodo en el volumen III desde una perspectiva político-económica priva a este estudio del liberalismo del siglo XIX de cualquier consideración de los papeles que el ascenso del capitalismo industrial, la trata de esclavos o la expansión colonial pudieran haber desempeñado en él, dándole un extraño carácter anticuado, como una obra sobre la historia diplomática e intelectual de Europa occidental cuya fuerza motivadora fuera la voluntad

política de sus gobernantes. Tras la iconoclasia historiográfica de los volúmenes anteriores, Wallerstein vuelve aquí a una narrativa más convencional, viendo la Revolución Francesa como línea divisoria ideológica del orden moderno y recorriendo sus ramificaciones, sobre todo en Francia y Gran Bretaña, a través de la creación de los Estados liberal-parlamentarios, las revoluciones de 1848, el crecimiento y contención de los movimientos obrero y feminista, y la creación de las ciencias sociales modernas, con lo que llega hasta las vísperas de la Primera Guerra Mundial.

«El triunfo del liberalismo centrista» desarrolla temas que Wallerstein había comenzado a exponer en ensayos de principios de la década de 1990, en particular las ideas de una «geocultura» y del liberalismo como doctrina centrista que a lo largo del siglo XIX engulló a sus rivales, conservadurismo y radicalismo, para convertirse no solo en la ideología dominante del sistema-mundo, sino realmente en la única, una cultura mundial sin exterior. Aunque la «economía-mundo capitalista» llevaba existiendo en sus rasgos esenciales casi tres siglos en el momento de la Revolución Francesa, Wallerstein ha argumentado repetidamente que todavía carecía de una «geocultura legitimadora». En torno a las batallas de 1789-1815 surgió una «trinidad» de ideologías en competencia: conservadurismo, radicalismo y liberalismo. El «liberalismo centrista» no solo triunfó sobre las otras dos, sino que también las englobó dentro de la estructura que constituyó y dominó. Wallerstein insiste en que no ofrece una exposición del liberalismo como filosofía política, como «metafísica de la buena sociedad», sino como ideología, esto es, «una metaestrategia política» que pretendía contrarrestar tanto las exigencias radicales de soberanía popular como el conservadurismo restauracionista desencadenado por la Revolución Francesa; y que se planteó por tanto como «centrista» desde el principio. Fue la propia vaguedad conceptual del liberalismo –su amplia variedad de significados, económicos, políticos y sociales– lo que le permitió «asegurarse el máximo apoyo».

El principal objetivo del liberalismo centrista era reformar el Estado para hacerlo propicio al capitalismo, y en el segundo capítulo Wallerstein expone el «proyecto de crear y consolidar el Estado liberal» entre 1815 y 1830 en Gran Bretaña y en Francia, esto es, el «centro» del sistema-mundo, gracias a la deliberada rehabilitación de Francia por Castlereagh tras el Congreso de Viena. Wallerstein traza un llamativo paralelismo entre los acontecimientos en ambos países, donde, siguiendo la fórmula liberal tal como él la ve, «la represión va seguida de la reforma política como mejor garantía de la estabilidad». Así, a Peterloo y la restauración borbónica les siguen la Revolución de Julio de 1830 y la Ley de Reforma de 1832 en Gran Bretaña. En el año revolucionario de 1830 se produjeron levantamientos en Polonia, Hungría y Bélgica, pero fue únicamente éste último el que recibió apoyo de la diplomacia anglo-francesa ya que, según argumenta

Wallerstein, británicos y franceses compartían el interés en promover un Estado liberal e industrial. Su éxito en Bélgica contribuyó a afianzar una geografía ideológica dividida en Europa, con un «occidente liberal» económicamente avanzado y militarmente poderoso, y un «oriente autocrático» más atrasado.

En el tercer capítulo expone el giro a la derecha del liberalismo, desde su punto de partida de centroizquierda en torno a 1815, como adversario de la reacción *tory* y los legitimistas franceses, asumiendo el papel de contener los desafíos antisistémicos al Estado capitalista. Cuando el socialismo emergió como rival después de 1830, el liberalismo vio «debilitadas sus credenciales de izquierda» aunque los liberales siguieron insistiendo en su lugar en el centro proclamando la «normalidad» del cambio político, promoviendo «progreso y orden» y definiendo los extremos como aquéllos que se resistían al cambio o exigían transformaciones políticas peligrosamente rápidas. Durante las décadas intermedias del siglo XIX el Estado liberal se dedicó, según argumenta Wallerstein, a legitimar el papel político de la burguesía y a reprimir las aspiraciones de la clase obrera, pero el «desorden provocado por los severos declives económicos» se demostró difícil de gestionar por los liberales, como iban a demostrar las revoluciones de 1848. Wallerstein hace notar el apoyo de a los «liberales de izquierda» como John Stuart Mill con respecto a la Revolución de 1848 en Francia, pero al presentar a Napoleón III como auténtico representante del «centro liberal» rebaja, aquí como en otros lugares, los aspectos emancipadores del liberalismo. En una larga discusión sobre la ciudadanía liberal examina las estrategias de exclusión y división con las que el liberalismo enmascaraba la tensión central del capitalismo entre su compromiso declarado con la igualdad y la «polarización cada vez más aguda de las oportunidades y satisfacciones en la vida real que ha sido su resultado». El concepto inclusivo de ciudadanía legado por la Revolución Francesa se transformó, según Wallerstein, en otro exclusivista, que creaba distinciones entre ciudadanos activos y pasivos, nativos y extranjeros, hombres frente a mujeres y blancos frente a negros; su resultado fue cooptar a sectores importantes de la clase obrera.

El mayor triunfo de la «geocultura» liberal fue la creación de «todo un nuevo sector del conocimiento», con el surgimiento de las ciencias sociales modernas. La historia fue la primera disciplina entre las humanidades en proponerse como ciencia, con la aspiración de Ranke a la objetividad. Wallerstein sigue a continuación el surgimiento paralelo en Alemania, Francia, Italia, Gran Bretaña y Estados Unidos de «disciplinas especializadas del presente» durante la década de 1890: la «trinidad» de la economía, la sociología y la ciencia política, con sus distintas esferas de estudio: mercado, sociedad civil y Estado. Economistas neoclásicos como Alfred Marshall y Léon Walras, sustituyeron la «magnífica dinámica» de los economistas políticos

clásicos, desde Adam Smith a Marx, por la «resolución de problemas» y «una voz en la elaboración de la política». Siguiendo a Émile Durkheim en Francia y Albion Small en Estados Unidos, los sociólogos trataron de desarrollar políticas reformistas para la estabilización social. Sciences Po en París, la London School of Economics y la Facultad de Ciencias Políticas de Columbia trataron de ofrecer una formación profesional para los cuadros del Estado liberal en la diplomacia y el alto funcionariado. Las nuevas ciencias sociales se esforzaron por sistematizar lo que supuestamente constituía el cambio social y político «normal» y por frustrar las aspiraciones populares «antisistémicas» de una transformación más radical.

Un rasgo notable del «triumfo del liberalismo centrista» es la abundancia de citas; durante largos párrafos, casi cada frase incluye una larga cita entre comillas. El enfoque interdisciplinario de Wallerstein ha dependido siempre mucho de la investigación primigenia de otros; de hecho, su larga agenda historiográfica incluye una crítica de la especialización académica. Se queja con razón en la nueva Introducción al volumen I de *El sistema-mundo moderno* de que su obra temprana fuera menospreciada por los especialistas en diversas disciplinas: economistas e historiadores compartían la opinión de que un sociólogo no tenía nada que decir escribiendo historia económica, y los especialistas de varias regiones objetaban que el libro estaba basado en fuentes secundarias. Su contundente respuesta es que el giro importante que efectuó en la unidad de análisis, pasando del Estado-nación a «sistemas» mucho más amplios, requería tal trabajo interdisciplinario a grandes rasgos. Sin embargo, la proporción en que el análisis de su volumen IV recurre a otros estudiosos, especialmente en los primeros capítulos sobre la diplomacia y la reforma política anglo-francesa, sugiere hasta qué punto no se siente aquí en su propio terreno. En ese sentido el último volumen contrasta con sus predecesores, en los que se centraba más bien en el comercio y la demografía. Allí la teorización era en gran medida propia; sondeaba la literatura existente en relación con diversas afirmaciones analíticas y luego las valoraba, mientras que los estudios especializados eran tratados como datos a ser consultados. Aunque haya que dar la bienvenida a la escala conceptual de *El sistema-mundo moderno*, no cabe sino señalar que su mayor logro no se halla precisamente en la historia intelectual y política del siglo XIX. En el volumen IV la voz de Wallerstein es más audible y segura en los capítulos sobre los conflictos de clase y las ciencias sociales; en los primeros, especialmente, su análisis de las tasas de producción y de la rivalidad interestatal a lo largo de los ciclos de Kondratieff se parecen más a los volúmenes anteriores.

¿Cómo deberíamos entender, más en general, sus afirmaciones de que la «economía-mundo capitalista» llegó a desarrollar lo que llama una «geocultura» y de que durante el siglo XIX se produjo el ascenso a la hegemonía

en ella del «liberalismo centrista»? Si aceptamos la idea propuesta en los volúmenes anteriores de la serie de que ya mucho antes de la cota imperial de finales del siglo XIX existía un sistema-mundo con su centro en la Europa noroccidental, ¿qué mostraría al respecto un volumen sobre el «largo siglo XIX»? Wallerstein reconoce una intensificación de los lazos en el sistema existente durante ese periodo, cuando zonas que habían sido exteriores a la «economía-mundo capitalista», como el imperio otomano, se incorporaron a su división del trabajo como regiones periféricas —esto es, áreas de las que las economías «centrales» extraían una gran cantidad de plusvalor— con desastrosas consecuencias para esas regiones, incluidos el catastrófico declive de la industria y la enorme transferencia de plusvalor hacia el centro, al verse sometidas al imperativo fundamental del sistema, la «acumulación sin fin de capital»; éste fue el tema que desarrolló en el volumen III. El principal argumento aquí es que, con la base material del sistema ya bien asentada, su desarrollo clave durante el siglo XIX fue el intelectual y cultural: el desarrollo y afianzamiento del liberalismo centrista en Gran Bretaña y Francia como geocultura hegemónica.

¿Hubo, como arguye Wallerstein, una geocultura dominante en el siglo XIX? ¿Qué significa que algo sea calificado como geocultura, esto es, constituye una categoría analítica útil? ¿Y qué aporta esa geocultura al sustrato económico, que según Wallerstein precedió en varios siglos a su formación? Wallerstein ha insistido siempre en que el término *mundo* en su expresión distintiva no se refiere al planeta en su totalidad, sino que más bien transmite la idea de que los sistemas en cuestión son mundos relativamente cerrados sobre sí mismos. Pero el «sistema-mundo moderno» que ha sido el foco de su obra ha llegado de hecho a englobar todo el planeta, y cabe pensar que si le interesaba era precisamente por eso. El término «mundo» y la idea de una geocultura sirven por tanto a un doble propósito, describiendo la naturaleza totalizadora del sistema para quienes lo habitan y también su trayectoria globalizadora. Además, dado que el relato económico central que Wallerstein quiere contar sobre el sistema-mundo durante este periodo, expuesto en el volumen III, es la incorporación de zonas externas a la «economía-mundo capitalista» como regiones periféricas, es sorprendente lo poco que parece tener que decir sobre ello el liberalismo como ideología legitimadora del capitalismo. Wallerstein ha argumentado enérgicamente en otros lugares, en particular en su conciso y perdurable *Historical Capitalism* (1983), que la principal característica del capitalismo ha sido el imperativo «implacable y curiosamente asocial» —y en último término insensato, contradictorio y salvajemente destructivo— de la acumulación sin fin. Pero no queda claro en el volumen IV de qué modo sirvió el liberalismo, como geocultura del capitalismo, para legitimar esa característica clave del capitalismo, o en qué medida pretendían sus principales portavoces que lo hiciera.

Una geocultura, según la propia definición de Wallerstein, atañe a «valores ampliamente compartidos en todo el sistema-mundo»; considerar el liberalismo como una auténtica geocultura en el siglo XIX –y hasta valorar su influencia en sus principales exponentes en Europa occidental– requeriría atender al carácter transnacional, imperial e incluso global del liberalismo. Wallerstein parece asumir que basta estudiar las contiendas políticas de la burguesía en Europa occidental contra sus adversarios a la izquierda y a la derecha, para captar la geocultura del sistema; no nos dice qué debemos pensar sobre la relación entre la expansión imperial y el desarrollo de la ideología liberal. Pero el hecho de que el liberalismo se desarrollara precisamente cuando la hegemonía global de Europa se iba afianzando, y precisamente en esos centros dominantes, es profundamente reveladora para la configuración que adoptó, para sus preocupaciones y para la imagen de sí mismo. Wallerstein no ignora que el liberalismo que se estaba forjando durante ese periodo era conscientemente transnacional: los liberales británicos y franceses en los que se centra estaban profundamente implicados en acontecimientos como la pugna griega por la independencia, y en menor medida por los movimientos nacionalistas liberales en Bélgica, Polonia y Hungría; desde un principio entendían el liberalismo como un movimiento, como poco, a escala europea. Jeremy Bentham fue quizá particularmente peculiar en cuanto al alcance auténticamente global de su correspondencia personal, pero su interés en contrastar ideas sobre la reforma radical con quienes compartían su pensamiento –desde Rammohan Roy en Bengala hasta Hassuna D’Ghies y Hamdan Khodja en África del norte, desde Jean Pierre Boyer, presidente de Haití, hasta Simón Bolívar y otros liberales anticolonialistas sudamericanos– es una muestra del sentido de misión global de los liberales con respecto a su programa. El liberalismo se desarrolló pues mucho más directa y explícitamente de lo que parece sugerir la exposición de Wallerstein como ideología legitimadora de la hegemonía global de Europa occidental.

En una de las pocas menciones en el volumen IV sobre el mundo fuera de Europa, Wallerstein argumenta que «todos los debates que constituyeron subsecuentemente la memoria histórica central de los movimientos sociales obreros mundiales y se convirtieron en referencia del discurso prácticamente en todas partes», habían tenido lugar inicialmente en Francia y Gran Bretaña. Esto puede ser verdad casi por definición si se considera el movimiento obrero en términos de una clase obrera industrial organizada; pero movimientos radicales fuera de Europa, desde la Revolución Haitiana en adelante, combinaron la referencia a las ideas europeas con nuevas críticas de la opresión social, imperial y racial que también contribuyeron al desarrollo de lo que se podrían llamar geoculturas, unas de sello reformista-liberal y otras más radicales. De hecho, la contraposición entre liberalismo y

radicalismo en el siglo XIX no es tan marcada como pretende Wallerstein, tal como sugiere su propia alusión a la agitación liberal-radical y romántica en favor de la independencia griega. Wallerstein despacha a los «socialistas en países coloniales» con una breve referencia a un único nacionalista irlandés; las posiciones de los socialistas europeos sobre cuestiones coloniales solo obtienen un par de párrafos. Incluso quienes apoyaban las luchas anticoloniales las veían como un «combate menor», dice Wallerstein citando a otro autor; quizá nuevos volúmenes revelarán si eso es también cierto en su caso.

En su larga carrera, las contribuciones más valiosas de Wallerstein han examinado el ámbito espacial y temporal apropiado del análisis histórico, así como la cuestión de los límites y las periodizaciones. Criticó sagazmente la práctica de la historiografía centrada en el Estado, arraigada en el siglo XIX y dominante durante gran parte del XX, como miope e inadecuada para el estudio de importantes cuestiones sobre las transformaciones en el mundo moderno; y también anacrónica, en cuanto que tomaba las fronteras de los Estados-nación modernos como límites idóneos para el estudio de periodos iniciados mucho antes. Criticó igualmente los estudios marxistas ortodoxos que se centraban en las luchas de clases *en* distintos Estados como determinantes claves de las condiciones económicas y políticas, en lugar de analizar pautas sistémicas en amplias zonas geográficas conectadas mediante vínculos comerciales y de comunicación. Dados esos rasgos característicos, quizá el más desconcertante del volumen IV sea su concentración decididamente estrecha sobre los acontecimientos sucedidos en Francia y Gran Bretaña. El proyecto general de Wallerstein ha sido acusado de eurocentrismo, en particular por su colaborador durante mucho tiempo André Gunder Frank, para quien Wallerstein permanecía más atrapado de lo que él creía en el pensamiento convencional que pretendía refutar; al escoger el siglo XVI como momento fundacional, Wallerstein convirtió a Europa en el motor de la modernidad, mientras que Frank, sobre todo en *Re-Orient* (1998), mantenía que un marco temporal más apropiado de cinco mil años situaría a China en el centro y relegaría a Europa a un lugar más justificado en la periferia. Pero aun aceptando los postulados básicos de Wallerstein, con la cesura histórica clave que separaría el orden capitalista moderno de otro premoderno, y con Europa occidental como el centro del nuevo sistema, el ámbito de este último volumen es sorprendentemente restringido. El problema no está exactamente en que el libro sea eurocéntrico, ya que según Wallerstein el motor impulsor del sistema-mundo capitalista fue la economía de Europa occidental, sino más bien que dedica muy poca atención al logro internacional de su hegemonía, a las aspiraciones globales del liberalismo y a sus diversas consecuencias para distintas partes del orden mundial (centro, periferia y semiperiferia, para usar la terminología de Wallerstein, ahora prácticamente indiscutida). Quien no supiera que este libro fue escrito por

el principal progenitor de la teoría de los sistemas-mundo, estaría tentado a conjeturar que su autor habría escrito una historia totalmente diferente del siglo XIX de haber conocido esa teoría.

Atendiendo a su enorme bibliografía –más de 70 páginas, con más de 1.500 referencias–, parece que gran parte de la investigación para «El triunfo del liberalismo centrista» se realizó a finales de la década de 1980 o principios de la de 1990, quizá al mismo tiempo que preparaba el volumen III. En cualquier caso, Wallerstein no parece conocer las nuevas obras más importantes sobre el liberalismo en la historia global. Aunque muchos de sus autores parecen devolverle su aparente indiferencia, vale la pena preguntarse qué podrían decirse mutuamente esa literatura y los análisis de los sistemas-mundo. «El triunfo del liberalismo centrista» podría confrontarse en particular con *The Birth of the Modern World* (2004) de C. A. Bayly y otros trabajos suyos más recientes, que hablan de «un momento constitucional liberal global» a mediados del siglo XIX. Tanto Wallerstein como Bayly lo ven como el periodo en que Gran Bretaña consolidó su hegemonía global; ambos han intentado articular una alternativa a la pretensión de que una revolución industrial, con centro en Inglaterra e impulsada por el capitalismo, fue su principal fuerza motriz. Allí donde Wallerstein argumenta que la incorporación de nuevas regiones periféricas tuvo lugar bajo la iniciativa de los europeos, Bayly ha insistido en el protagonismo de las poblaciones colonizadas, así como en varios factores de «arrastré» como el hundimiento del imperio Mogol en India en el siglo XVIII, que ofreció las condiciones para la invasión europea. La obra de Bayly sugiere que cabe hablar de una geocultura liberal durante el siglo XIX en un sentido mucho más amplio que el que presenta Wallerstein, con seguidores en India, las Américas y el mundo árabe, así como en partes de Europa oriental y meridional, a los que Wallerstein no menciona. Podría decirse no obstante que el libro de Bayly adolece de una carencia opuesta; en una reseña en 2007 en esta revista, Vivek Chibber comentaba la paradoja de que «el capitalismo desaparece de la historia de Bayly en proporción más o menos inversa a su extensión por todo el globo»: «justo cuando más importa la economía del sistema-mundo como principio explicativo, prácticamente desaparece de su análisis».

Wallerstein escribe, por supuesto, como crítico irreductible del liberalismo. En otros lugares, por ejemplo en su ensayo de 1993 *La agonía del liberalismo*, lo ha descrito como una ideología fundamentalmente antidemocrática y de hecho «aristocrática», que aspira a preservar el dominio de los instruidos sobre las «clases peligrosas». En el volumen IV argumenta que lo hizo principalmente sobornando a la clase obrera blanca con el sufragio masculino y un Estado del bienestar limitado, aunque también fomentara diversas formas de exclusión nacional, cultural y racial a fin de asegurar que una capa clave de trabajadores tuviera un lugar dentro del orden privilegiado.

Por otro lado, argumenta, el liberalismo tranquilizó e integró a los aristócratas más reaccionarios prometiéndoles que la reforma sería gradual y por tanto menos amenazadora. Aunque no pretende minimizar las violentas pugnas políticas de los siglos XIX y XX, la narración de Wallerstein sugiere un triunfo bastante fácil del «*statu quo* moderado» del liberalismo sobre sus rivales de derecha y de izquierda. El resultado es un texto que minimiza tanto las aspiraciones emancipadoras de los liberales durante el siglo XIX, como su visión radicalmente diferencial de las capacidades y destinos de los europeos y de sus súbditos coloniales. Así hace al liberalismo menos interesante y menos contradictorio de lo que fue, y al mismo tiempo mucho menos global e imperial de lo que consideraban sus propios partidarios.

En este volumen Wallerstein prefiere no examinar las consecuencias del liberalismo del siglo XIX para periodos posteriores, incluido el nuestro; pero aunque nunca menciona el neoliberalismo contemporáneo, éste puede estructurar tácitamente su presentación de formas anteriores del liberalismo, ya que el neoliberalismo opera mucho más abiertamente y sin ambigüedad como la ideología legitimadora del capitalismo que para Wallerstein ha sido siempre su auténtica vocación. Sin embargo, el liberalismo, tal como iba siendo configurado por sus partidarios durante el siglo XIX, tenía muchos objetivos, entre los que la legitimación del capitalismo era solo uno; igualmente importantes eran la promoción de la moral individual y la autonomía intelectual, y la acomodación no violenta de la llegada inevitable de la democracia que los liberales esperaban con auténtica ambivalencia –esto es, con tanta preocupación como entusiasmo–, como el único dispositivo político aceptable para el mundo moderno. El neoliberalismo ha arrumbado en gran medida esas aspiraciones. Wallerstein lleva seguramente razón en que la propia ambigüedad del liberalismo clásico y sus múltiples significados eran un pilar de su aguante ideológico; privado de ellos, su heredero parece cada vez más empobrecido.